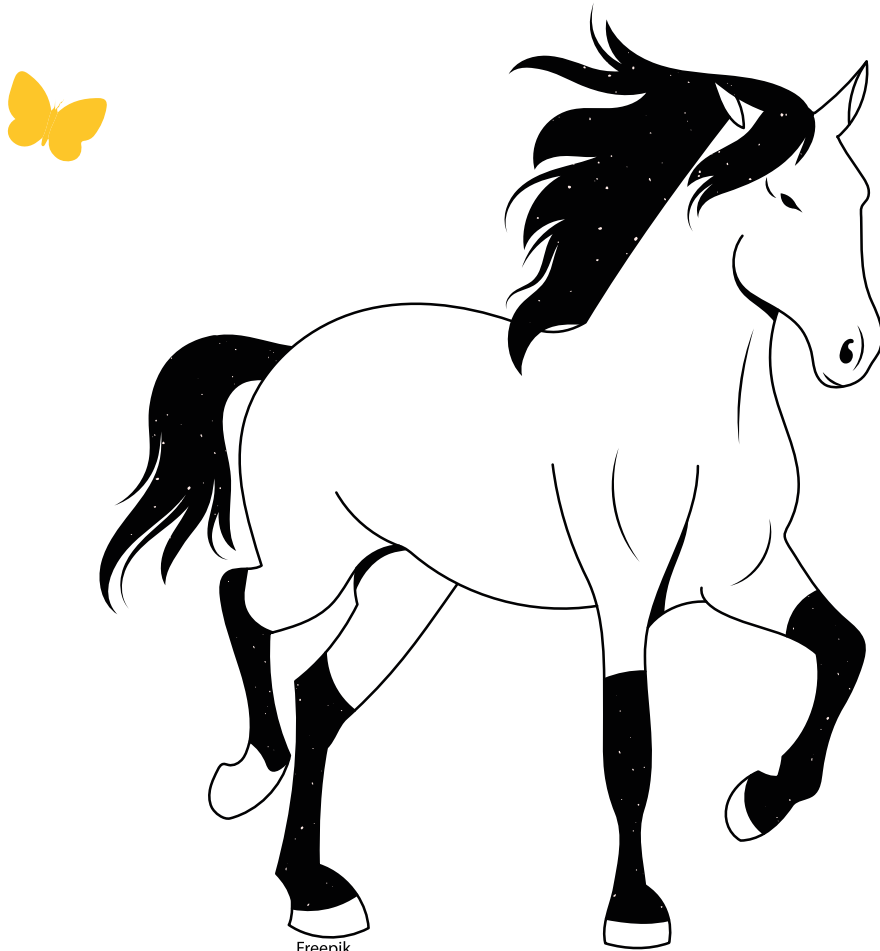


EL TRÁGICO DÍA DEL CABALLO

María Guadalupe Zúñiga Morales
mgzuniga@unae.edu.ec
Universidad Nacional de Educación, Ecuador



Paute es un valle rodeado por grandes y majestuosas montañas, donde el sol se posa en ellas y abraza todo con su esplendor. Este lugar es conocido como la Tierra de las Plantas y tiene aromas inimaginables. Al pasar por las calles, se respiran olores suaves, delicados y frutales.

A veces, los más bellos y reconocidos lugares esconden historias complejas, elegías por recordar.

Aquí vivía un caballo llamado Felipe. A él le gustaba trotar y pasear mucho. En el valle se lo reconocía porque sus cascos —al correr o caminar— siempre golpeaban la tierra con un sonido característico, un son endémico e irrepetible: tac-tac-tac-tac. Cuando Felipe paseaba, disfrutaba de la brisa que tocaba su pelaje y basta melena. Él conocía cada detalle del valle: cada atajo, cada camino y también las mejores plantas frutales, con especial énfasis en un árbol de manzanas que generaba frutas cada mayo. Felipe siempre irradiaba regocijo.

Los animales del valle querían mucho a Felipe por su amabilidad y felicidad sin distinción. “¿Quién no quisiera tenerlo como amigo?”, decían.

Felipe casi nunca estaba solo. En la mayoría de las actividades se encontraba con sus amigos: el conejo Rabito y la ardilla Pechita. Los tres tenían una relación amena que todos admiraban. Eran inseparables, siempre sonreían y se ayudaban en momentos difíciles, como el día en que la abuelita de Rabito estaba enferma. Felipe, Rabito y Pechita estaban dispuestos a apoyarse.

Los días y los años pasaron y la amistad de los tres amigos creció. Pero en 1993 llegó lo que Felipe llamó “El trágico día”. De forma precisa, fue un 29 de marzo.

En el valle se había presentado el desastre La Josefina, enviado por la naturaleza. Ese día, Felipe estaba trotando y disfrutando de la brisa que posaba en su pelaje, del júbilo de su vida y la dicha por tener grandes amigos. De pronto, en todo el valle se escuchó un sonido fuerte, como si la tierra se rompiera, como si el cielo se estuviera cayendo.

Era el sonido de los árboles rompiéndose. ¡Troc-troc! El agua que se precipitaba era como una anaconda furiosa, y devoraba todo a su paso, con tierra y ramas de los árboles caídos en su interior. Al escuchar todo lo que pasaba y ver cómo el agua bajaba cada vez más fúrica y rápida que él, en una carrera con sus amigos se asustó y pensó rápidamente en Rabito y Pechita.

Acelerado y desesperado fue en busca de ellos sin importar el peligro. En la búsqueda encontró a su amiga Pechita suspendida de un árbol y a punto de caerse en los nuevos ríos que se formaban. Afortunadamente, Felipe llegó y pudo salvarla. Él se sintió feliz, por un momento, de verla sana y lejos de cualquier peligro.

Sin pensar tanto —y con su primera amiga fuera de riesgo— corrió sin parar en busca de su amigo Rabito. En el camino se encontró con más conocidos y animales que nunca había visto en peligro y que pedían ayuda. Él quería irse en busca de su amigo sin importar lo que pasara en su entorno, pero se sentía mal y no quería irse sin ayudar a quienes lo necesitaban. Llovía, había destrucción y no podía encontrar a su amigo. Todo estaba cubierto de agua, árboles o tierra. La felicidad que antes estaba inmersa en el valle se había perdido, y en Felipe la angustia cada vez era más grande.

Después de varias horas —y cuando la tempestad había terminado—, Felipe vio a Rabito a lo lejos y, por un corto tiempo, sintió alegría nuevamente. Luego de galopar como nunca llegó con su amigo, pero él no era el mismo. Había sido alcanzado por los ríos de ramas y piedras. Felipe le preguntó si estaba bien y Rabito contestó: “Me siento feliz de ver el cielo brillar con intensidad y a mi lado a mi buen amigo”. Cada vez con más dificultad y con la voz cada vez más extinguida dijo: “Yo... yo estoy feliz de haberte visto y saber que estás bien. Soy feliz por haber crecido contigo y de tenerte como amigo. Siempre serás mi amigo”. Con el último suspiro concluyó: “Gracias, Felipe, amigo”.

Felipe, inmerso en la tristeza, lloraba. Se sentía culpable por no haber corrido más rápido y llegar a tiempo para ayudarlo. Los animales sobrevivientes y conocidos le decían: “Todos hubiéramos partido sin ti. No te sientas culpable, no fue tu culpa”.

Los días se convirtieron en meses y Felipe, muy triste, no comía como antes, tampoco corría feliz como en el pasado. Aquel caballo alegre y rebosante de alegría se había apagado tras la pérdida de su amigo. Así como Rabito se apagó, Felipe también se apagaba. Por fortuna, Pechita lo apoyaba.

Aunque ambos compartían el luto, trataban de seguir hacia adelante, recordando aquellas palabras que decía Rabito: “Si ustedes están felices, yo lo estoy. Somos un equipo”. Pechita le comentaba a Felipe: “Así como florecerá la tierra, floreceremos nosotros con ella”.

Eventualmente, los árboles comenzaron a florecer y todo se perfumó. Mayo llegó y con él también las manzanas favoritas de Felipe. La tierra —después de un año— empezaba a florecer poco a poco. Felipe y Pechita no fueron la excepción: se repusieron con el paso de los días. Aunque recordaban a Rabito con cada nueva flor.

Felipe comprendió que la partida de Rabito no fue su culpa. Ahora aceptaba la pérdida de su amigo y que la única manera de honrar su memoria era seguir siendo solidario y capaz de ayudar a los demás.

Todas las formas de vida de Paute comprendieron que, aunque se presenten adversidades, con el apoyo y solidaridad de todos se puede generar fortaleza colectiva, vías para salir adelante. Felipe, resiliente, terminaba su recorrido por el sendero de la tristeza y con el apoyo de Pechita y del valle retornaba a su querido Paute. Felipe no olvidaría los momentos tristes. Ahora, él los aceptaría y será más valiente. Recordaría el valor de la solidaridad, el apoyo conjunto y de la fortaleza de la amistad.